

Yo no sé si el sepulcro
 Puede amar á la vida;
 Pero en la densa oscuridad que envuelve
 Mi corazón para sufrir cobarde,
 Yo sé que existe el gérmen de una hoguera
 Que á tu memoria se estremece y arde . . .
 Yo sé que es el más dulce de los nombres
 El nombre que te doy cuando te llamo,
 Y que en la religión de mis recuerdos
 Tú eres el dios que amo.

Caiste . . . de tu abismo impenetrable
 La helada niebla arroja
 Su negra proyección sobre mi frente,
 Crepúsculo que avanza
 Derramando en el aire trasparente
 Las sombras de una noche sin oriente
 Y el capuz de un dolor sin esperanza.

Padre . . . duérmete . . . mi alma estremecida
 Te manda su cantar y sus adioses;
 Vuela hácia tí y flotando
 Sobre la piedra fúnebre que sella
 Tu huesa solitaria,
 Mi amor la enciende, y sobre tí, sobre ella,
 En la noche sin fin de tu sepulcro
 Mi alma será una estrella.

1871.

Manuel Carpio.

EL TURCO.

ODA.

Del Bósforo vagaba en la ribera
 De noche un turco de su bien distante,
 Pálido de mortal melancolía;
 Mal compuesto llevaba su turbante,
 Y con voz angustiada así decía:

Aquí en la playa de los tristes mares,
 Al resplandor de la callada luna,
 Renacen en el alma mil pesares
 Al recordar que la querida mía
 Ausentóse llorando de mi lado,
 Llorando inconsolable en su agonía.

Infeliz, agitado, sin consuelo,
 Yo mismo me desgarró la honda herida
 Que abrió en mi pecho el enojado cielo.
 De borrasca en borrasca arrebatado,
 En medio de la angustia más tremenda,

De la vida fatal corrí la senda,
Sin encontrar en mi dolor terrible
Algún amigo á quien volver la cara,
Que por piedad mis ojos enjugara
¡Ay! infeliz del que nació sensible!

Ora tal vez la hermosa en blando lloro
Mojará su blanquísima mejilla,
Y suelto al aire su cabello de oro,
Sobre la arena hincada la rodilla,
Acaso volverá sus ojos tiernos
Y entrambas manos á esta triste orilla.
O, qué sé yo, si al resplandor divino
De esa luna tranquila y apacible,
Asida al brazo de un rival amado,
Palpitará su corazón sensible,
Como otras veces palpité á mi lado.

Desde la hora fatal de su partida
Devorado de bárbara tristeza,
Busco la soledad más escondida,
Visito á solas la musgosa fuente,
O recorro tal vez la playa ardiente
Que al lado frecuenté de mi querida.
¡Con qué placer pasábamos las horas
Oyendo de las aguas el estruendo,
Y el triste grito del alción marino
Que revolaba sobre el mar tremendo!
Su blanca mano aquí cogier solía

El nido de la acuática paloma,
O lazos á la tórtola tendía
Entre el junco flexible y amarillo.
¡Cuánto aprecié sus inocentes juegos!
¡Cuánto envidié su corazón sencillo!

¿Cómo se fueron tan hermosos días?
¿Cómo en la playa me he quedado sólo
Sin quien alivie las desgracias mías?
Mujer incomparable, ¿qué se hicieron
De aquella vida la quietud y encanto?
¿Cómo de un golpe para siempre huyeron,
Y me dejaron soledad y llanto?
Miro marchita de una vez mi gloria
Como la flor que deshojó el arado:
Yo era feliz, mas sólo la memoria
Ora conservo de mi bien pasado.

Todo á tu lado era á mis ojos dulce:
Esa luna magnífica y radiosa,
Esos astros de luz, ese hondo cielo,
Ese ponto feroz que no reposa,
Esos grandes peñascos, ese suelo
Con sus aves, sus árboles y flores;
Todo me acompañaba en mi alegría;
Hoy todo me acompaña en mis dolores.
Tanto, sin tí, me agobian los pesares,
Que á veces en la noche me importuna
Ver levantarse la redonda luna

Allá detrás de los hirvientes mares,
 ¿Qué me interesa en el distante cielo
 El centellante Orion y Cinosura,
 Si tan léjos estoy de tu hermosura,
 Unico bien que sin cesar anhelo?
 ¿Qué me importa sin tí la blanca nube
 Volando incierta por el aire leve?
 ¿Qué los grandes y verdes platanares
 Que fresco el viento vagaroso mueve,
 Si nos separan los inmensos mares?
 ¿De qué me sirven los jacintos rojos,
 El lirio azul y el loto de la fuente,
 Si no los han de ver aquellos ojos,
 Si no han de coronar aquella frente?
 Ora tal vez en la ribera opuesta
 Fijas la vista en esa luna triste,
 Y sollozas al ver su luz funesta
 Que allá nos alumbró cuando partiste.
 Yo tambien la contemplo aquí á mis solas,
 Y recuerdo tu llanto y tu agonía,
 Y recuerdo que al golpe de las olas
 Temblaba tu alma y á la par mía.
 Me acuerdo que tus ojos soberanos
 Se clavaron dos veces en el suelo,
 Dos veces se clavaron en el cielo,
 Y alzaste juntas esas blancas manos.
 Nunca jamás me olvidaré en mis dias
 De cuando hablamos por la vez postrera.

¿Me olvidarás por otra? me decías:
 ¿No llorarás por mí cuando me muera?
 En tanto se agitaba su semblante;
 Y cambiaba de formas y colores,
 Trémulo enmudeció tu labio bello,
 Las lágrimas rodaron de tus ojos,
 Y en tu alba frente se erizó el cabello.

Inocente mujer, pura y amable,
 La más amable de tu sexo grato,
 ¿Cómo á mi corazón le fuera dable
 Olvidarte por otra? ¿Cómo ingrato
 Podré borrar de la memoria mía
 Tanta ternura, gracias y recato?
 Agitado me encuentran los luceros,
 Y del ardiente sol la llama viva;
 Siempre te busca el alma pensativa,
 Y si descubro en mi fatal martirio
 De tu pié delicado alguna huella,
 Agitado de trémulo delirio
 Mi llanto moja tu pisada bella.
 Por piedad una lágrima te pido,
 (Tengo hincada en el suelo una rodilla),
 Una lágrima sóla de ternura
 En recompensa de mi fé sencilla;
 Mientras que yo, sumido en mi tristeza,
 Repaso á solas mi tremenda historia,
 Y al repasarla traigo á la memoria

Tu dulce rostro y su fatal belleza.
 Alzando á ratos mi semblante adusto
 Pídole al cielo que dichosa seas,
 Pídole al cielo que otra vez me veas
 En la mansion espléndida del justo.

Del turco en tanto ya la voz desmaya;
 Y al ver que el mar no cuida de su pena,
 Váse á lo largo de la triste playa
 Arrastrando el alfanje por la arena.

Fernando Calderon.
 —
 EL SUEÑO DEL TIRANO.
 —

De firmar proscripciones
 Y decretar suplicios, el tirano
 Cansado se retira,
 Y en espléndido lecho hallar pretende
 El reposo y la paz ¡desventurado!
 El sueño, el blando sueño
 Le niega su balsámica dulzura:
 Tenaz remordimiento y amargura
 Sin cesar le rodean:
 En todas partes estampada mira
 De sus atroces crímenes la historia:
 Su implacable memoria
 Fiel en atormentarle, le recuerda
 Las esposas, los hijos inocentes
 Que por su saña abandonados gimen
 En viudez y orfandad: gritos horrendos

Cual espada de fuego le penetran:
 Con pasos agitados
 Recorre su magnífico aposento,
 Sin hallar el consuelo: en su alma impura
 La amistad, el amor son nombres vanos
 Que jamás comprendió; los ojos torna;
 Su cetro infausto y su corona mira;
 Un grito lanza de mortal congoja;
 Con trabajo respira,
 Y á su lecho frenético se arroja.

Ya por fin un sopor espantoso
 Sus sentidos embarga un momento;
 Pero el sueño redobla el tormento
 Con visiones de sangre y de horror.

A un desierto se mira llevado,
 Donde el rayo del sol nunca brilla;
 Una luz sepulcral, amarilla,
 Allí esparce su triste fulgor.

Tapizado de huesos el suelo,
 Vá sobre ellos poniendo la planta,
 Y al fijarla los huesos quebranta
 Con un sordo siniestro crugir:

A su diestra y siniestra divisa
 Esqueletos sin fin hacinados,
 Y los cráneos, del viento agitados,
 Le parece que escucha gemir.

Lágo inmenso de sangre descubre
 A sus plantas furioso bramando,
 Y cabezas hirsutas nadando,
 Que se asoman y vuelven á hundir:

Y se avanzan, se juntan, se apiñan,
 Y sus cóncavos ojos abriendo,
 Brilla en ellos relámpago horrendo,
 De infernal espantoso lucir.

Del tirano en el rostro se fijan
 Sus atroces funestas miradas,
 En sus frentes de sangre bañadas,
 Del infierno refleja el horror:

Y sus dientes rechinan entónces,
 Y sus cárdenos lábios abriendo,
 Este grito lanzaron tremendo:
 “¡Maldición! ¡maldición! ¡maldición!”

Las cavernas de un monte vecino,
 El acento fatal secundaron:
 Largo tiempo los ecos sonaron
 Repitiendo la horrísona voz:

Y el crugir de las olas y del viento,
 Y el estruendo del rayo espantoso,
 Parecía al tirano medroso
 Que clamaban también ¡maldición!
 Cambia luego la escena: entre tinieblas

De fuego circundado,
 Gigantésco fantasma se presenta:
 Con dedo descarnado
 Muestra al tirano una espantosa síma:
 En su profundo seno
 Reventar oye retumbando el trueno,
 Y mira un fuego hervir como la boca
 De encendido volcan, y por las llamas
 Los demonios sacando la cabeza,
 Prorumpen en horrendas carcajadas,
 Y al réprobo saludan.
 Tiemblan sus miembros: hórridas serpientes
 Ciñen su corazón, y ni un suspiro
 Puede exhalar, ni respirar siquiera. . . .

¡Sacude el sueño: vagarosos ojos
 En torno suyo vaporoso gira,
 Y sangre, sangre donde quiera mira!

Del lecho se lanza
 Con grito doliente;
 Se inunda su frente
 De frío sudor:
 Parece que escucha
 La voz del destino,
 Y el trueno divino
 De justo furor:

Sus ojos cansados
 Anhelan el llanto;

Mas nunca su encanto
 Probó la maldad:
 Al cielo levanta
 La diestra homicida,
 Con voz dolorida
 Clamando: ¡piedad!

Mas no, que ya dada
 Está su sentencia;
 En vano clemencia
 Demanda su voz;
 ¡Ya tiene con fuego
 Marcada la frente
 Del vil delincuente
 La mano de Dios.

Rodríguez Galvan.

LA TUMBA.

Cual brilla la esperanza seductora
En la mente del hombre sin fortuna,
Así entre nubes rotas de la Luna
Resplandece la luz.

Todo es silencio y soledad ahora,
El delicado viento apenas zumba,
Y sólo me acompañan una tumba
Y una modesta cruz.

Allí postrado, en meditar profundo
Se engolfa mi agobiada fantasía;
Y la frente me toco y la hallo fría. . . .
Mas no mi corazón.

En sueño hundido el bullicioso mundo,
¿Yo sólo en medio de la noche velo?
¿Yo sólo al justo, al poderoso cielo
Elevo mi oración?

Dentro de este sepulcro helado y mudo
Uno encontró su deseado abrigo,
Y nadie. . . . ni un pariente, ni un amigo
Viene á rogar por él. . . .

Esta losa do estoy, es el escudo
Que le liberta de la atroz perfidia,
De la maldad, ingratitud y envidia,
Y de una amante infiel.

¿Acaso, como yo, sólo en la tierra
No hallaba en su dolor consuelo alguno?
Quizá amor y desprecio de consuno
Le hicieron padecer. . . .

Empero ya su cuerpo aquí se encierra
Y su alma otra región ahora habita. . . .
En tanto mi existencia se marchita
De la suerte al poder.

Y cuando suene lúgubre campana,
Y ya la muerte el corazón me oprima,
¿Habrá quien triste ante mi lecho gima
En amargo dolor. . . .?

Esperar en los hombres cosa es vana:
No hay quien alivie mi dolor prolijo,
Ni quien piadoso lleve un Crucifijo
Al lábio sin color.

Y ni en la tumba solitario abrigo
Encontrará mi cuerpo sepultado,
Que vendrá otro cadáver, y arrojado
El primero será.

¿Y á su socorro no vendrá un amigo...?
Nécio de aquel que en la amistad confía?
¡Amistad! . . . la que dura un sólo día
Es sempiterna ya. . . .!

Gustavo A. Baz.

ACUERDATE DE MI.

Acuérdate de mí cuando la aurora
Asoma tras las cúspides de Oriente
Y con sus rayos mágicos colora
Del altivo volcan la nivea frente.

Acuérdate de mí cuando fulgura
Sobre el bosque la luz del medio día,
Y entona el ruiseñor en la espesura
Sus cánticos de amor y de alegría.

Acuérdate de mí cuando su velo
Tienda la noche en valles y montañas,
Y brillan las estrellas en el cielo,
Y la luz del amor en las cabañas.

Las aves vagabundas en su canto,
Los vientos y las brisas en su giro,
Para calmar mis duelos y mi llanto
El eco me traerán de tu suspiro.

Javier Santa Maria,

LAS BRISAS.

Brisas del valle nativo
 Impregnadas de perfume;
 Aquí donde me consume
 La soledad en que vivo;
 Aquí donde pensativo,
 Siempre al dolor entregado,
 Recuerdo un dulce pasado
 De ensueños y de delicias,
 Dád, brisas al desterrado
 Vuestras amantes caricias.

Dejad que en mi pecho guarde
 Vuestro aroma con anhelo,
 Cuando venís á este suelo
 Al extinguirse la tarde.

Ya no arde en mi sér, ya no arde
 El fuego de la esperanza;
 Y cual muere en lontananza
 El sol de fulgor escaso,
 Así mi existencia avanza
 Para llegar á su ocaso.

Murieron todas mis flores,
 Mis estrellas se apagaron,
 Y ni siquiera dejaron
 Sus últimos resplandores.
 Herido por los dolores,
 Desesperado me quejo,
 Y toda mi dicha dejo
 Del pasado en el abismo:
 Soy jóven. . . . ¡y estoy tan viejo
 No me conozco á mí mismo.

Brisas del nativo valle,
 Volad sobre mi cabeza,
 Y así tal vez mi tisteza
 Sus hondas quejas acalle.
 No dejéis que me avasalle
 Tanto la mala fortuna;
 Y si hay esperanza alguna
 De olvidar las penas mías,
 Suspirad como en los días
 En que aromábais mi cuna.

Traed para mi consuelo
 Algo de esa melodía
 Que solo cantar sabía
 Mi madre que está en el cielo.
 Se suspendió vuestro vuelo
 Al vibrar la voz aquella:
 ¡Era tan dulce y tan bella!
 Brisas, la habeis escuchado,
 Y yo os pido arrodillado
 Que murmureis como ella.

Calmad, calmad este empeño
 Que aumenta mi desventura,
 Y al venir la noche oscura
 Será tranquilo mi sueño.
 Entónces del alma dueño
 Ese canto bendecido,
 Evitará que afligido
 Con mis angustias batalle,
 Y tornareis á mi valle,
 Y me dejareis dormido.



Jose T. de Cuellar.

A MI MADRE.

Yo sé que te deleitas escuchando
 Los sentidos acordes de mi lira,
 Y de mis versos el acento blando
 Tiernos deleites á tu pecho inspira.
 Yo sé que me comprendes y me amas,
 Yo sé que vives para mí gozosa,
 Y en noble orgullo maternal te inflamas,
 Y te engríes de ser madre dichosa.
 Extática me miras, y en tus ojos
 Miro de puro amor vivo destello,
 Y me sonrías ¡oh madre! sin enojos
 Cuando enlazo mis brazos en tu cuello.
 Y si el dolor con su saeta aguda
 Hiere tu corazón, madre del alma,
 Con mis caricias tu pesar se muda
 Y solo encuentras en mi amor la calma.
 ¡Gracias, oh, gracias mil; siempre te adoro!
 Solo tu alma es sin fin agradecida;
 Cada suspiro tuyo es un tesoro,
 Cada caricia tuya es una vida.

¿Quién me ha de amar así; nadie en el mundo;
Jamás encontraré tan sacros lazos,
Porque al embate de pesar profundo
Las cadenas de amor se hacen pedazos.

Siempre la duda cual roedor insecto
En el pecho se anida en propio daño,
Y siempre viene en pos de cada afecto
Y de cada ilusión un desengaño.

 Pero tú, madre del alma,
 Sin ese duro temor,
 Me darás siempre la calma
 Y te llevarás la palma
 De mi solícito amor.
Nunca, nunca he de perderte
Ni me tocará la suerte
Que á otros amantes tocó;
Tú has de amarme hasta la muerte
Lo mismo que te amo yo.

¡Ahl yo sé que te placen sus cantares;
Por eso al son de mi laud querido,
Olvidando del mundo los pesares
A tí elevo mi voz enternecido.
Tan solo ¡oh madre! á tí; porque te adoro,
Porque es tu alma sin fin agradecida;
Cada suspiro tuyo es un tesoro,
Cada caricia tuya es una vida.

Diciembre, 12 de 1852.

RAMON I. ALCARAZ.

El primer beso de amor.

 Es hermosa, encantadora
De una mujer la sonrisa,
Y süave como la brisa
El acento de su voz.

 Divina es una mirada,
Seductora una sonrisa,
Más, ¿qué iguala á la delicia
Del primer beso de amor?

 Era del crepúsculo hora,
Brillante véspero ardía,
En las selvas repetía
Sus cantos el ruisseñor.

 Las flores aromas daban;
Murmuraba manso el río;
Allí nos unió, bien mío,
Por vez primera el amor.

Sentado estaba á tu lado,
Y en mis brazos te estrechaba,
Tu corazón palpitaba
Cercano á mi corazón.

Tus mejillas se encendían,
Era tu mirar incierto,
Y tu lábio entreabierto
Brindaba el beso de amor.

La languidez de tus ojos
Mis sentidos embargaba;
El contacto me quemaba
De tu aliento abrasador.

Me estremecí de deleite,
Y hubo un momento en que ciego,
Dejé en tu lábio de fuego,
Mi primer beso de amor.

En ese instante divino
La luna alzaba en Oriente
Su melancólica frente,
Y nuestra dicha envidió.

Gimieron de amor los bosques,
Los ángeles sonrieron,
Que el deleite comprendieron
Del primer beso de amor.

Querétaro, Abril 12 de 1848.

JUAN DE DIOS PEZA.

Fusiles y Muñecas.

(CUADRO REALISTA.)

Juan y Margot, dos ángeles hermanos
que embellecen mi hogar con sus cariños,
se entretienen con juegos tan humanos,
que parecen personas desde niños.

Miéntras Juan, de tres años, es soldado
y monta en una caña endeble y hueca,
besa Margot, con lábios de granado,
los lábios de carton de su muñeca.

Lucen los dos sus inocentes galas
y alegres sueñan en tan dulces lazos:
él, que cruza sereno entre las balas;
ella, que arrulla un niño entre sus brazos.

Puesto al hombro el fusil de hoja de lata,
el *kepi* de papel sobre la frente,
alienta el niño en su inocencia grata
el orgullo viril de ser valiente.

Quizá piensa en sus juegos infantiles
que en este mundo, que su afán recrea,

son como el suyo todos los fusiles
con que la torpe humanidad pelea.

Que pesan poco; que sin ódios lucen,
que es igual el más débil al más fuerte;
y que, si se disparan, no producen
humo, fragor, consternación y muerte.

¡Oh misteriosa condición humana!
Siempre lo opuesto buscas en la tierra;
ya delira Margot por ser anciana,
y Juan, que vive en paz, ama la guerra.

Mirándolos jugar, me affijo y callo. . . .
¿Cuál será sobre el mundo su fortuna?
Sueña el niño con armas y caballo;
la niña con velar junto á la cuna.

El uno corre de entusiasmo ciego;
la niña arrulla á su muñeca inerme,
y mientras él exclama:—"¡Fuego! fuego!"
la otra murmura triste:—"¡Duerme! ¡duerme!"

A mi lado, ante juegos tan extraños,
Concha, la primogénita, me mira;
es toda una persona de seis años
que charla, que comenta y que suspira!

¿Por qué inclina su lánguida cabeza
mientras deshoja inquieta algunas flores?
¿Será la que ha heredado mi tristeza?
¿Será la que comprende mis dolores?

Cuando me rindo de dolor al peso,
cuando la negra duda me avasalla,
se me cuelga del cuello, me dá un beso,
se le saltan las lágrimas y calla.

Sueltas sus trenzas claras y sedosas
y oprimiendo mi mano entre sus manos,
parece que medita en muchas cosas
al mirar cómo juegan sus hermanos.

Margot, que canta, en madre trasformada,
y arrulla á un hijo que jamás se queja,
no tiene que llorar desengañada,
ni el hijo crece, ni se vuelve vieja.

Y este guerrero audaz de tres abriles,
que ya se finge apuesto caballero,
no logra en sus batallas infantiles
manchar con sangre y lágrimas su acero.

¡Inocencia! ¡Niñez! ¡Dichosos nombres!
Amo tus goces, busco tus cariños.
¿Cómo han de ser los sueños de los hombre
más dulces que los sueños de los niños?

¡Oh mis hijos! ¡No quiera la fortuna
turbar jamás vuestra inocente calma;
no dejeis esa espada ni esa cuna:
cuando son de verdad, matan el ama!

Agustin F. Cuenca.

CARMEN.

Era blanca y su blancura
En negro traje envolvía,
Y á mis ojos parecía
Alborada en noche oscura.

Rubia cabellera ündosa
Coronaba su donaire
Y suelta al flotar, el aire
Era un aliento de rosa.

Sobre el azul de sus ojos
Brillaba húmedo reflejo,
Y ese azul era el espejo
De mis amantes antojos.

De su boca eran agravios
Sus lábios angelicales
A los más rojos corales
De los más hermosos lábios.

Color que á besar convida
Era su color, y presos
Túvolos en red de besos
La pasión en mí nacida.

Era blanca, como que era
El alba de mis amores,
Primera flor de las flores
De mi hermosa primavera.

Oí el canoro aleteo
De sus fugitivas alas,
Iba entre virgíneas galas
Dando vida á mi deseo.

Suspiré, de amor rendido,
Ella suspiró también;
Sonó un beso, fueron cién,
Fueron más, que no lo olvido.

¡Cómo trascendiendo aromas
Soplaba el ambiente manso,
Y en la agua azul del remanso,
Se bañaban las palomas!

¡Cómo estaban de rocío
Las caléndulas cuajadas
En las fértiles quebradas
Del musgoso lomerío.

¡Qué sol aquel, sol naciente,
Envuelto en undosos túles,
Y que entre montes azúles
Orlaba de oro su frente!

¡Y qué espléndido aquel sol
De la luna perseguido,

Que al morirse está tendido
En un lecho de arbol!

Sobre las rotas almenas
¡Qué pardas las golondrinas!
¡Qué abejas tan peregrinas
En las blancas azucenas!

Al mecerse ¡qué elegante
La palmera en el espacio!
Era palma de topacio
Bajo un cielo de diamante.

Cada pájaro en la enhiesta
Arboleda era una lira,
Era un chal de Cachemira
Sobre el valle la floresta.

La onda al mar rodaba ufana
Y al rodar cojiaba la onda
Claro cielo, oscura fronda,
Mirlo alegre y flor galana.

Todo entónces bajo el velo
De fantásticos antojos,
Que amor tiende entre los ojos
Del alma y la luz del cielo.

¿Y despues? Ya puesto el sol
¿Su arbol no dora el monte?
Ella es en el horizonte
De mi vida ese arbol...

INDICE.

| | |
|--|----|
| MANUEL M. FLORES.—Biografía..... | 5 |
| El Alma en Primavera..... | 15 |
| El Angel del Hogar..... | 16 |
| Orfandad..... | 21 |
| La última flor..... | 23 |
| Rosario..... | 25 |
| Asunción..... | 29 |
| Mi Padre muerto..... | 31 |
| Frío..... | 37 |
| Mi Madre..... | 39 |
| IGNACIO M. ALTAMIRANO.—La Cruz de la Montaña..... | 42 |
| Las Abejas..... | 48 |
| MANUEL ACUÑA.—Ya verás..... | 54 |
| Rasgos de buen humor..... | 56 |
| Lágrimas..... | 59 |
| MANUEL CARPIO.—El Turco..... | 67 |
| F. CALDERON.—El sueño del tirano... | 73 |
| R. DRIGUEZ GALVAN.—La Tumba..... | 78 |
| GUSTAVO A. BAZ.—Acuérdate de mí... | 81 |

JAVIER SANTA MARÍA.—Las Brisas... 82
 JOSÉ T. de CUELLAR.—A mi Madre... 85
 RAMON I. ALCARAZ.—El primer beso de amor 87
 JUAN DE DIOS PEZA.—Fusiles y Muñecas 89
 AGUSTIN F. CUENCA.—Cármén..... 92